

RECUERDOS REFERENTES A UNAMUNO

Los amigos García Blanco y Tovar me piden algunos recuerdos referentes a Unamuno, sobre todo cartas de él; y allá van, aunque me falta tiempo para pergeñarlos y para recogerlas todas. Incluyo en estas cuartillas algunos fragmentos de las cartas que no remito íntegras aparte.

Conocí a Unamuno al intentar ser profesor universitario. Los dos figurábamos entre los que habíamos firmado la oposición a la cátedra de Filología, recién creada en la Universidad de Madrid. Los opositores estábamos reunidos en el local de la Universidad, en la calle de San Bernardo, una mañana de diciembre de 1899, para presentarnos al tribunal presidido por don Eduardo Saavedra; pero faltaba Unamuno, el opositor más temible para todos. Un par de años antes había impresionado al público con la novela *Paz en la guerra*, era ya ensayista discutido, y sobre todo hacía ya ocho años que era catedrático de griego en Salamanca, puesto que había ocupado con fama de opositor formidable por su gran cultura, por su habilidad discursiva y por sus genialidades desconcertantes. Otro opositor a la cátedra de Filología, Rufino Lanchetas (autor de la gramática y vocabulario de Berceo), aseguraba que podíamos estar tranquilos: Unamuno no concurriría a las oposiciones pues aquella misma tarde pensaba regresar a Salamanca, y ya faltaban pocos minutos para que el tribunal nos llamase. Pero entonces mismo en la puerta de nuestra sala de espera aparece la figura de Unamuno, que a paso lento, escrutando con sus atónitos ojos de buho el fondo de la sala, avanza distraído hacia nosotros. Nunca tan indeseada aparición ví. Nos saluda como a coopositores desconocidos. Lanchetas, por hablar algo, le alude al rumor de su desistimiento y él responde: «Vengo a presentarme al tribunal, porque tengo derecho a tomar parte en estas oposiciones que he firmado, pero no pienso seguir las; me vuelvo esta tarde a Salamanca. Sólo vengo porque

nunca se debe dejar de ejercer un derecho que se tiene». Yo respiré muy satisfecho al oír aquella salida. Un hombre que aborrecía toda rutina, mecanizaba el ejercicio de los derechos más inútiles. Naturalmente, empezaron a caerme muy en gracia las ya famosas «rarezas de Unamuno», y en adelante fuimos muy amigos aunque nuestras vidas corrieron por cauces tan diversos.

Al año siguiente le nombraron Rector de la Universidad de Salamanca, y siempre que los asuntos de este cargo le traían por Madrid, nos veíamos. Había renunciado a las oposiciones de filología, pero inmediatamente se encargó de explicar Historia de la lengua española en su Universidad, y siguió siempre fiel a este interés científico, que en él se sumaba, o mejor dicho, se confundía con un prevalente interés literario, fundamento de las más excelentes cualidades de su estilo. Nos unía así tanto el propósito común de estudiar nuestro idioma bajo aspectos nuevos, como la preocupación por el estado de la enseñanza en las universidades.

Trabajaba yo entonces mi «Gramática Histórica» y mi estudio de los dialectos españoles, especialmente los del antiguo reino de León, y Unamuno me ayudaba generosamente en la consulta de algún manuscrito salmantino, o comunicándome publicaciones regionales, y sobre todo poniendo a mi disposición sus abundantes observaciones sobre el habla de allá. Me remitía una primera cosecha de estas observaciones, con carta de 14 de mayo de 1902: «Sólo una parte de las notas están trasladadas—y aún ello provisionalmente—a cuartillas (usadas); el resto tal y como las cogía en mis viajes y paseos o la calle: en sobres, en papelitos, con lápiz no pocas veces. Deseo que le sirvan. Habrá muchas repeticiones, habrá vocablos castellanos corrientes; no he ordenado nada. Cuando nos veamos le daré las aclaraciones que pueda, sobre todo de índole geográfica. Una gran parte son de la Ribera del Duero (Villarino, Peaña, Masueco, Aldeadávila, Vilvestre, Saucelle, Hinojosa, etc.). Unamuno, en esta primera época suya, decisiva en la constitución del propio estilo, unía siempre a la recolección de voces dialectales, una preocupación literaria. El veía en el habla popular una fuente estilística viva, un estímulo de liberación frente a los modelos literarios, por él siempre respetados y para él admirables, pero nunca imitables. Así, en esa misma carta de mayo de 1902, al envío de notas léxicas salmantinas, une un desahogo de sus inquietudes literarias y contra los que le tachaban de escritor incorrecto me

dice: «Esta miserable lucha por la personalidad me está tal vez perjudicando; y luego viene mi batalla con la lengua, mi esfuerzo por hacerme una, que siendo castellana, sea seca, precisa, rápida, sin tejido conjuntivo, sin las lañas y corchetes y hebillas que al castellano estropean, nada oratoria, caliente y de una sintaxis que no rompa el nexo de la espontánea asociación de ideas. Hay quien cree que descuido la forma, siendo una de las cosas de que me cuido más, solo que mi cuidado es hacérmela propia de mi fondo».

Yo, siempre en apremio epistolar, no le exponía alguna reserva que me inspiraba el demasiado despegue que él, a veces, mostraba hacia el tipo de lengua común y las complacientes concesiones que, en sus artículos periodísticos, a veces le veía hacer al prurito innovador de algún joven literato. Sin duda que en estas reservas mías algo influía el grande y fuerte medio literario en que más se movía mi actividad, medio muy adverso a la ideología de don Miguel, pero mi espontánea reacción me llevó pronto a preparar un extenso estudio sobre el estilo de mi amigo, juzgándolo de capital importancia para una historia del idioma que yo preparaba.

En las notas de esos años tengo apuntado mi asentimiento y mis reservas a la tendencia que Unamuno defendía de introducir en la lengua literaria las particularidades locales, seleccionándolas entre las que procedían rectamente del latín, según él hacía como docto conocedor de la historia. En esto tenía muy notables aciertos. Sin embargo, el peligro estaba en que este criterio de estudiar científica y no gramaticalmente el idioma, no está al alcance de todos los escritores; y fuera de eso, Unamuno, en estos primeros años del siglo, se excedía defendiendo el localismo. Aconsejaba en absoluto al escritor el desenterrar la mitad del español que, según Capmany, yace enterrada en el habla de los campos, mientras condenaba en absoluto el entregarse al influjo del lenguaje libresco. Pero acaso una tercera parte del idioma ¿no está también enterrado en los libros? Si hay mucha vida latente en el habla rústica, más vida late en las páginas de los grandes autores. Es deseable que el escritor se acerque al habla del pueblo, pero con ciencia y con conciencia, pues se acerca a algo que vive en estado de naturaleza, divorciado de la corriente culta; y es igualmente deseable, o, mejor dicho, necesario que se acerque a las páginas del pasado, aunque también con discreta cautela, pues se acerca a algo nacido en ten-

sión literaria, siempre en peligro de amaneramiento, algo antiguo que acaso ha perdido para siempre su vitalidad.

De la Historia de la lengua era de lo que más hablábamos cuando nos veíamos. Los dos pensábamos escribirla y en él este pensamiento iba siempre inseparable con el estudio de la lengua popular. En carta de 20 de diciembre de 1900 me había ya anunciado que deseaba exponerme el plan de una «Vida del romance castellano», y en carta de 3 de octubre de 1903, a la vez que me incluía nueva cosecha de léxico hablado, insistía, recordando las demostraciones evolucionistas de Huxley: «También yo proyecto una historia de la lengua castellana, pero con ciertas tendencias: como mostración del proceso general de un idioma, algo así como la obra de Huxley sobre el cangrejo (*The Crebs*) (*sic*), que es una introducción a la zoología general».

Después no me volvió a hablar de este proyecto; quizá renunció totalmente a él y de ello me lamento más que nadie, pues aunque, por mi parte, sigo tenaz en el propósito, tampoco llevo trazas de realizarlo, no teniendo aún sino largos fragmentos y muchos borradores. El hubiera dicho mucho bueno, a pesar de su espíritu imaginativo, rebelde a todo método riguroso. Algo de lo que sería esa historia unamuniana lo vemos en las *Notas marginales* que, como recuerdo de nuestra amistad, publicó en el tomo segundo del «Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal» el año 1925. La discusión de nuestras ideas discrepantes ahí manifestada nos hubiera sido muy útil, aunque la discusión no podía ser larga. Con Unamuno el diálogo se convertía muy pronto en monólogo; no atendía al interlocutor, tal era la afluencia de su pensamiento. Así en esas *Notas marginales* se desentiende enteramente de lo que es la acción colectiva tradicional en el lenguaje. Sorprende que se moleste en hacer afirmaciones como ésta: «creo que una buena parte de los vocablos populares son, en su origen, de creación individual». No se comprende cómo en esas palabras deja él creer que otra buena parte de los «vocablos populares» puede ser invención de «todo un pueblo», ni cómo, aunque contradice esa manera de ver, afirma que los cambios fonéticos son «físicos, materialistas, deterministas». No escuchaba a su interlocutor; de ahí que no se fijó en lo que sobre el origen siempre individual de todos los cambios lingüísticos (incluso de los fonéticos) así como de todas las demás manifestaciones colectivas (poesía tradicional, costumbres, etc.) había yo dicho en la

Revista de Filología, III, 272-273 y VII, 338. Refiriéndose a este último trabajo, a pesar de que en él contradigo ampliamente la concepción romántica del *Volkgeist*, me escribía en 5 de agosto de 1920, razonando, es verdad, su «invencible diletantismo» y la imposibilidad de prestar atención debida al tema: «me parece que en lo de la poesía popular discrepamos algo, yo cada día soy menos herderiano y creo menos en el *Volkgeist*. Y ahora a mi tarea de guerrillero. ¡Si supiera usted lo que es tener que escribir (!!!) un número de artículos periodísticos al mes!»

Pero estas cartas de fecha posterior quédense para cuando pueda encontrarlas todas. Tratándose de reunir las cartas de Unamuno, tropiezo con una gran falta cometida en mi juventud. Tan amigo como soy de los archivos antiguos, nunca pensé en el archivo de mis recuerdos. La prisa, siempre atrayente, me llevaba a no coleccionar mi correspondencia, sino la que me ofrecía un interés señalado, y esa la dispersaba en las carpetas, en los libros, en los ficheros donde la creía oportuna, cortando en pedazos las notas léxicas o estilísticas que Unamuno incluía, por no detenerme a sacar un apunte. Hoy que me avergüenzo de tan despiadado ahorro de tiempo, descargo mi conciencia confesándolo y copiando en los párrafos anteriores alguno de esos desdichados recortes que puedo recordar dónde los había guardado.

Y ya que hablé de recuerdos archivados en mis libros, no dejaré para otra ocasión una hoja que conservo ornando la portada en mi edición del *Cantar de Mio Cid*, una cuartilla dedicada por Unamuno con unos versos cidianos inéditos. La dedicatoria y la firma son autógrafas; los versos están mecanografiados, pero su puntuación disparatada y varias erratas están corregidas a pluma por mano del autor. Se trata de cuatro sextillas de pie quebrado, siguiendo el ritmo de las de Jorge Manrique:

A Ramón Menéndez Pidal

Como de la carne uña
Se parte de su Rodrigo
su Jimena.
La querencia los apuña;
el salirse de su abrigo,
recia pena.

Los brazos del caballero
le tiemblan estremecidos
del querer;
tiemblan las aguas del Duero
y le ahogan los gemidos
al nacer.

Se le clavan en los ojos
los ojos que son su vida
por venir;
le llegan recuerdos rojos,
el agüero no se olvida
al partir.

Ya se sale el caballero
ya deja en paz a su tierra
reposar.
Las altas aguas del Duero
desde el Urbión, brava sierra,
van al mar.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Poesía antológica que en su brevedad encierra todo el vigor y la dureza de la poesía unamuniana. La preñez del estilo no deja percibir la liricidad latente sino a quien está poseído de los mismos recuerdos cidianos que dominan al poeta: la mención del agüero es un eco enigmático de la corneja siniestra por cuyos presagios el Cid pide albricias a Alvar Fáñez; la insistente presencia del Duero como expresión ideal de Castilla, que vibra al unísono de la emoción del héroe, responde al episodio del poema en que ese río figura como vieja frontera castellana a cuya pasada el ángel Gabriel descende para consolar al desterrado. En el lenguaje hay también mucho unamunismo; sobre todo en el consonante *apuña*, verbo anticuado pero de uso actual en Salamanca.

Por mi carencia de archivo no recuerdo exactamente la fecha de esta poesía. Debe ser de hacia 1920. Desde 1918 en que publiqué los documentos de la Catedral de Salamanca con la estúpida firma

autógrafo del Cid, estaba yo allegando materiales para la historia del héroe, y por esos años recuerdo haber sostenido con Unamuno muy sustanciosas conversaciones cidianas. En 1921 tuvo días de gran popularidad periodística la gran ceremonia de ser trasladados los restos del Cid y de Jimena desde Cardena a la Catedral de Burgos; y en Octubre de 1920, en marzo de 1921 y en octubre de 1922, Unamuno publicó en la prensa de Madrid y de Buenos Aires, según García Blanco me informa, tres artículos: *La injusticia inexorable de Alfonso VI*, *Doña Ximena* y *La oración de doña Jimena*, tratando en los tres el destierro del Cid, y aludiendo en uno de ellos a nuestras conversaciones.

Pero ciñéndome a mi correspondencia con Unamuno en el primer lustro del presente siglo, que es la que ahora mejor he podido reunir, quiero hacer notar lo muy significativa y característica que es. Ese proyecto de escribir una historia de la lengua española y los abundantes apuntes léxicos recogidos en las frecuentes excursiones por aldeas y campos de Salamanca, determinan en la obra literaria de Unamuno el período que más se dejaba influir por el habla popular, período que culmina con la *Vida de Don Quijote y Sancho*, publicada en 1905. Muy poco después se observa una aminoración en tal influjo. Y por lo que a mí toca, este período, con las múltiples remesas de notas sobre el habla salmantina, fué de inestimable utilidad, cuando yo publicaba la «Gramática Histórica Española» (1904 y 1904) y el estudio sobre los Dialectos Leoneses (1906).

A propósito y final. No puedo dejar estos apuntes sin una conclusión afectiva. Se dice que Unamuno era un perfecto egocéntrico, incapaz de tomar interés por las preocupaciones de otro; todo lo aquí dicho indica que ese es un juicio simplista y superficial. Y aun otra anécdota que ahora se me viene a la memoria, entre otros recuerdos para mí tan gratos y de tanta gratitud, muestra en Unamuno efusión bien contraria al egoísmo egocéntrico, inclinación hacia un niño. Una mañana de 1904, muy temprano, me vino a sacar de casa para que le acompañase al Ministerio en no sé qué asunto de su rectorado. Le dejé sólo en mi despacho mientras me arreglaba para salir con él y cuando volví le encontré charlando con mi hija Jimena, de tres años, que allí se había entremetido; y sobre la mesa se veían un pingüino y un elefante de muy graciosa catadura, que él había hecho de papel plegado, y a los que daba la última mano, mientras recogía con atención íntimas confidencias

de su pequeña interlocutora. Y aun después, en alguna carta, incluía con la recomendación: «para que la niña no se olvide de mí», cualquiera de sus nuevas creaciones en el arte de la «cocotología» (como él llamaba a aquella su habilidad manual), juguetes que la madre retiraba pronto y guardaba cuidadosamente, para que la niña los estimara cuando supiese quién era «don Miguel».

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL.

Madrid, marzo de 1951.